

TELEVISIÓN Y VIOLENCIA¹

J. MARTÍN RAMÍREZ²

Universidad Complutense de Madrid, España

ABSTRACT

In spite the many observational and experimental studies on the relations between television and violence found in the literature, there is still no agreement about an eventual causal relationship. Even if most authors have observed a positive correlation between both variables, these do not have to be necessarily causal; both might depend of a third factor. Although most results show eventual short term causal effects of mass media on violent behavior, some ones suggest the opposite direction of the effect, a third group suggest rather bidirectional influences, and finally other authors talk about the cathartic effects of some violent programs. The final part of the article suggests some possible psychological models as explanation of the eventual relationship between both variables.

Key words: television, violence.

RESUMEN

A pesar de los múltiples experimentos y observaciones realizados sobre las relaciones entre televisión y violencia, todavía no es posible ofrecer una conclusión definitiva, La mayoría de las investigaciones observan una correlación positiva entre la exposición habitual a violencia en los medios de comunicación y el actuar agresivamente en los sujetos expuestos, si bien estas

¹ Este trabajo ha sido realizado dentro del proyecto BSO2001-1224 del programa I+D+I del Ministerio de Ciencia y Tecnología Español.

² Correspondencia: J. MARTÍN RAMÍREZ. Departamento de Psicobiología. Universidad Complutense de Madrid, España. Correo electrónico: mramirez@med.ucm.es.

correlaciones no tienen porqué explicarse necesariamente en términos causales; ambas variables podrían depender de un tercer factor, responsable de su correlación. Aunque la mayoría de los autores defiende que el posible influjo causal de los medios de comunicación sobre los comportamientos agresivo y antisocial en la vida real, esto solo se ha observado a corto plazo. Para otros, por el contrario, la causalidad se mostraría justo en dirección contraria: quienes prefieren ver más televisión y las escenas más violentas son los que se comportan más agresivamente. Y no faltan quienes apuntan más bien hacia una posible causalidad bidireccional entre ambas variables, o incluso quienes piensan en su efecto catártico. Concluimos sugiriendo algunos posibles modelos psicológicos podrían explicar las eventuales relaciones -causales o no-entre ambas variables.

Palabras clave: televisión, violencia.

INTRODUCCIÓN

Mientras que la manipulación biológica es ciencia-ficción (Cervós Navarro & Ramírez, 1976; Ramírez, 1976), la manipulación cultural, por el contrario, es un peligro real. El ambiente ejerce un potente influjo moderador sobre la conducta (Ramírez, 1984), principalmente a través de los medios de comunicación impresos y audiovisuales, y especialmente de la televisión, dada su influyente función creadora sobre la opinión pública, determinando y condicionando mucho de lo que suele pensar, decir y hacer la gente. Su influencia es tan grande que incluso se suele conocer a los medios de comunicación con el sobrenombre de Cuarto Poder, en cuanto que actúan como contrapeso del poder político. Esto implica una enorme responsabilidad en la selección de noticias y en la aplicación de los necesarios criterios éticos. Así, Karl Popper, tras insistir sobre el enorme poder de la televisión sobre la mente humana, sugería la conveniencia de una autodisciplina por parte de sus productores porque «una televisión sin reglas está provocando la corrupción moral de la humanidad». No es sorprendente que los personajes televisivos que se adoptan como modelos, suelen dejar mucho que desear moralmente.

Este influjo resulta especialmente importante cuando la capacidad crítica de los espectadores no es muy elevada, como suele ocurrir con personas inmaduras: adultos poco formados y

niños, tan influenciables al estar en pleno desarrollo mental. De ahí la preocupación social y científica sobre sus posibles efectos, tanto beneficiosos, ayudando en su prevención mediante la educación (Covarrubias, 1980), como nocivos, fomentando el desencadenamiento de conductas violentas. Nos encontramos ante una de las instituciones que más pueden influir sobre la educación infantil.

Un campo especialmente delicado es el relacionado con la violencia. La televisión muestra cada vez con más frecuencia e intensidad escenas de violencia: asesinatos, robos, secuestros y tantas otras escenas inapropiadas durante la infancia. Los programas infantiles muestran incluso mayor cantidad de actos violentos que los programados para adultos: la National Coalition on Television Violence (NCTV) ha calculado que, a los 8 años, un niño norteamericano ya ha visto unos 15.000 homicidios en televisión. Y según la Asociación Española de Teleespectadores y Radioyentes, cada semana se ven 670 homicidios, 420 tiroteos, 8 suicidios, 30 torturas, y un sinfín de violaciones, sexo, robos y otros episodios violentos. Los niños están expuestos a demasiadas escenas violentas en televisión. Williams y col. (1982), por ejemplo, han contado una media de 17 agresiones –físicas o verbales– por cada hora de programa televisivo.

¿Influirá este ‘exceso de dieta violenta’ en el desencadenamiento o aumento de las tendencias

agresivas de los telespectadores, impulsándoles a actuar de modo similar a lo que ven en la pantalla? La población en general intuye que sí, tal como ha confirmado una encuesta nacional llevada a cabo en Estados Unidos (Harris, 1977). El 43% de los adultos encuestados pensaba que la excesiva presencia de programas televisivos de tipo violento influiría de alguna manera en que la sociedad sea cada vez más violenta; otro 37% lo consideraba al menos como una afirmación plausible; sólo un 16% no creían en su influjo. La propia American Medical Association (1976) declaraba que “la violencia en televisión amenaza la salud y el bienestar de los jóvenes norteamericanos», comprometiéndose consecuentemente a buscar los remedios oportunos, y a fomentar «la oposición a programas televisivos que contengan violencia y a sus patrocinadores”.

Pronto el mundo científico empieza a interesarse también en el tema, convirtiéndose en uno de los campos psicológicos sobre los que más se ha investigado en estos últimos años. Aunque no resulta nada fácil interpretar los muy distintos resultados obtenidos en la ya gran cantidad de investigaciones llevadas a cabo, una primera aproximación sugiere un amplio consenso en favor de que la exposición a la violencia televisiva de alguna manera fomenta la agresividad en niños (apenas se ha investigado aún el tema en adultos). Da la impresión, por tanto, que los modelos agresivos que más preocupan a padres e investigadores son precisamente los ofrecidos en la pantalla televisiva.

A continuación, se presentarán los métodos para el estudio de la relación entre TV y violencia, la validez científica de sus posibles efectos, su duración y los posibles modelos explicativos.

PRINCIPALES MÉTODOS DE ESTUDIO

Los muy variados estudios científicos sobre las eventuales relaciones entre televisión y violencia, pueden agruparse en las siguientes categorías: *surveys* o encuestas, estudios correlacionales, estudios experimentales de laboratorio, y estudios

observacionales de campo, a corto plazo y longitudinales. Comentemos brevemente en qué consiste cada uno de ellos.

Encuestas

Analizan si los medios de comunicación fomentan o no una subsiguiente agresividad y, en caso de que así fuere, de qué tipo y en qué medida, hacia quiénes se dirigirá, en qué circunstancias, etc. Así, la NCTV valora el grado de violencia de los telefilms según el número de actos violentos –físicos o verbales– por unidad de tiempo, y observa la cantidad aparente de imitación directa desencadenada por cada tipo de actos. Su continua preocupación porque disminuya la presencia de violencia en la televisión norteamericana empieza a verse recompensada: mientras que crecía incesantemente hasta mediados de los años ochenta, en los noventa disminuyó en un 40% (Renfrew, 1996).

Otra encuesta actualmente en marcha es el National Television Violence Study (NTVS), programado por la National Cable Television Association. Su principal objetivo consiste en valorar y analizar los niveles de violencia encontrados en todo tipo de programas, incluyendo emisoras de radio, a las distintas horas de la parrilla de programación, a lo largo de tres años, para ver cómo va evolucionando la violencia en la televisión norteamericana. Una primera conclusión de interés es la importancia del contexto en el que aparece la violencia (Donnerstein, 1998).

Las encuestas suelen limitarse a analizar el contenido de los programas, por ejemplo, determinando el número de episodios agresivos encontrados, quién participa, dónde y cuándo, cuáles son sus consecuencias y otras características similares, así como su mayor o menor fantasía o realismo. Aunque no pretenden demostrar ninguna relación causal –ni siquiera suelen medir el comportamiento de la audiencia–, sí permiten sugerir el papel ‘reforzante’ de los medios de comunicación, y especialmente de la TV, influyendo sobre las actitudes de los

espectadores más vulnerables. Así, muchos programas inculcan en el subconsciente del espectador ideas preconcebidas, tales como que somos agresivos por naturaleza, la vida es violencia, que la lucha por la vida a menudo exige una cierta dosis de violencia, que la violencia abre las puertas del éxito, que los violentos son los ajenos a nuestro grupo –extranjeros y gente de otras etnias–, y otras por el estilo. Más aún, dada la popularidad de los programas violentos, y por ende su rentabilidad económica, su atracción por la industria audiovisual resulta indiscutible, dado que su principal objetivo no es otro que hacer dinero.

Estudios correlacionales

Comparan la cantidad y el tipo de violencia emitida en televisión con el comportamiento agresivo o antisocial observado en los teleespectadores –por ejemplo, luchas u otros incidentes de delincuencia–, medido indirectamente, mediante apreciaciones propias o ajenas –normalmente compañeros, padres o maestros– y, a veces, incluso mediante observaciones directas, lo más imparciales posibles, hechas por los propios investigadores.

Con frecuencia se han observado correlaciones positivas entre la cantidad de tiempo ante el televisor –sea cuales fuere el tipo de escenas vistas– y nivel de agresión infantil, en ambos sexos, en los ambientes socioeconómicos más variados, y en muy diversos grupos étnicos (por ejemplo, McCarthy & cols., 1975). Así, según Juan Rey Calero, de la Real Academia Española de Medicina, el nivel de conducta agresiva detectada en las consultas pediátricas varía según la cantidad de tiempo dedicado a ver televisión: un 5% entre quienes ven 5 a 10 horas a la semana; un 6,15% entre quienes ven de 10 a 15 horas a la semana; y más del 9,41% entre quienes ven más de 25 horas a la semana. La propia Academia Norteamericana de Pediatría (American Academy of Pediatrics, 1990), ha llegado a hacer la siguiente declaración institucional: “los pediatras deberían recomendar a los padres que limiten a una o

dos horas diarias el tiempo que sus hijos ven televisión”.

En un interesante estudio transnacional, Brandon Centerwall (1989) comparó el nivel total de homicidios entre la población blanca de países con similar nivel de lectura de libros y prensa o audiencia radiofónica pero en los que la televisión se había implantado con un cuarto de siglo de diferencia entre sí: mientras que en EE.UU. y Canadá la televisión se introdujo en los años 50, en Sudáfrica, por motivos políticos relacionados con el *apartheid*, no empezó a emitirse hasta 1975. Pues bien, en todos ellos se observó una correlación paralela entre la aparición de la televisión y el subsiguiente aumento del nivel de homicidios, cuya tasa se doblaba unos 10-15 años después, es decir cuando se hacían adultos aquellos niños que ya podían ver televisión. Estos datos, apoyados en las teorías que defienden que las raíces del comportamiento antisocial pueden encontrarse en la infancia, resultaban tentadores, en cuanto que sugerían que la mera exposición a la televisión durante la infancia mostraba efectos modificadores de la conducta a largo plazo, tal como refleja, años después, una actividad primordialmente adulta, como es el homicidio. Quizá también podría ampliarse dicha sugerencia a otras formas de agresión interpersonal, no estudiadas en el mencionado estudio. Idéntico tipo de análisis, sin embargo, no ha encontrado efectos significativos por lo que se refiere a la tasa de suicidios (Centerwall, 1996).

Otro estudio igualmente interesante en cuanto que fue realizado prácticamente cuando comenzaba a emitirse televisión en Sudáfrica (entre 1977 y 1981), consistió en auto-informes sobre la cantidad total de televisión vista por adolescentes blancos de ambos sexos, entre 13 y 17 años, y su agresividad: mostró igualmente una correlación positiva, si bien sus eventuales efectos parecían ser menores que los producidos por otros influjos familiares y sociales (Botha & Mels, 1990).

Una amplia encuesta efectuada en repetidas ocasiones por la cadena norteamericana NBC a

lo largo de los años setenta en alumnos de enseñanza elemental de ambos sexos, también encontró una correlación positiva significativa tanto entre la cantidad total de televisión vista y su nivel de agresividad, valorada por sus compañeros, como entre la cantidad de escenas violentas televisadas y dicha agresividad. Sus datos, sin embargo, aunque no excluyen la hipótesis de que la exposición habitual a programas violentos aumenta la agresividad ulterior de sus telespectadores, tampoco parecen lo suficientemente tajantes como para apoyarla: apenas se encontraron diferencias ente ambas situaciones ($r = 0,13$ para televisión en general, y $r = 0,23$ para escenas agresivas) (Milavsky & cols., 1982).

El posible influjo específico de programas violentos no presenta resultados consistentes. Según unos estudios, comparando las tasas de violencia televisiva y la de crímenes violentos en Estados Unidos durante la década de los ochenta, descubren un aumento paralelo de ambas sólo durante los dos primeros años; luego aparecen tendencias opuestas: cuando aumenta la violencia en televisión, disminuye el crimen, y viceversa, si bien de modo no proporcional entre sí (Renfrew, 1996).

Por el contrario, según otras encuestas, entre un 22% y un 34% de los jóvenes encarcelados por crímenes violentos reconocían haber imitado conscientemente técnicas criminales aprendidas en televisión (Heller & Polsky, 1976). Desde esta perspectiva, y en relación con la influencia negativa de los medios de comunicación social, en un artículo sobre el comportamiento criminal en Colombia, Samudio (2001) afirma textualmente que «estos medios contribuyen secundariamente a la construcción del delincuente y sólo cuando en él se ha dado un desarrollo que les concede a sus mensajes un sentido que para otros no tienen. En estos medios el muchacho puede

encontrar conocimientos que contribuyan a la eficacia de sus actividades delictivas así como valores que pueden fortalecer los suyos como el pragmatismo y la valoración positiva de la violencia» (pág. 70).

Obviamente, las correlaciones observadas no tiene porqué explicarse necesariamente en términos causales, pues la simple correlación sincrónica entre dos variables dependientes, como la exposición a la violencia televisiva y el tipo y frecuencia de comportamientos agresivos observables en la audiencia, nunca podrá demostrar una conexión causal³. Por ejemplo, el ver mucha televisión podría explicarse por la falta de otras alternativas mejores a las que dedicar el tiempo libre, tales como hacer deporte, desarrollar manualidades u otras habilidades artísticas, pasear o ejercitar actividades al aire libre, cultivar amistades que ayuden al desarrollo de la inteligencia y al fomento de la creatividad leyendo, escribiendo o compartiendo experiencias con padres y amigos, etc. En una palabra, aunque meros resultados correlacionales no permiten concluir la existencia de una relación de causalidad, sus datos tampoco resultarían inconsistentes con ella.

Estudios experimentales de laboratorio

Buscan posibles conexiones causales entre la ‘agresión simbólica’ derivada de escenas violentas proyectadas en películas o en televisión (no se puede olvidar su gran contenido emocional) (Aguilar & Ramirez, 1997) y la ‘agresión real’ de los sujetos expuestos, mediante la valoración de los cambios comportamentales subsiguientes a dicha proyección.

La primera investigación experimental que se planteó la posibilidad de que la violencia en los medios podía contribuir a aumentar la vio-

3 No faltan técnicas correlacionales que permitan hacer fuertes inferencias causales. Por ejemplo, ante tomas longitudinales de datos, se puede determinar si lo observado en un momento 1 se relaciona con lo de otro momento 2; para poder afirmar que el hecho de ver televisión podría fomentar agresividad en la audiencia, la correlación al verla previamente a la conducta observada debería ser mayor que lo contrario, es decir al verla en un momento ulterior a la observación de dicha conducta.

lencia en la sociedad, la llevó a cabo Albert Bandura en Stanford durante los años sesenta. Consistía en analizar la conducta de niños de enseñanza pre-escolar ante objetos inanimados –muñecos de plástico inflados, llamados Bobo Dolls– imitando lo que acababan de ver hacer a los adultos durante breves películas que se les proyectaba previamente. Se basaba por tanto en sus fuertes efectos imitadores de modelos. El propio Bandura (1965), sin embargo, puntualizó que del hecho que los niños aprendieran dichas respuestas contra los muñecos no podría colegirse necesariamente que también las utilizaran contra personas, ni siquiera que pudieran interpretarse como verdaderas agresiones, pues las circunstancias expuestas en las películas de los Bobo Dolls eran muy lejanas de las que suelen encontrarse durante la realidad cotidiana. Sus estudios, por tanto, no permitían concluir que la observación de películas violentas fomentase la agresión interpersonal.

De ahí que se ingeniaron otra serie de experimentos de laboratorio en los que se proyectaban películas con escenas de violencia más cercanas a lo que suele verse en televisión o en cine, y con medidas más ‘reales’: la agresión contra otros niños –y no contra meros muñecos–, medida mediante técnicas de observación o cuantificada mediante el uso de determinados botones. Por ejemplo, se analizaban las tendencias a ayudar o a dañar a otros niños tras proyectarles unas breves escenas de tipo agresivo –escenas de la célebre serie televisiva “Los Intocables”– o no agresivo –veían pruebas atléticas–: la breve exposición a episodios agresivos facilitaba la agresividad inmediatamente posterior –apretaban con mayor frecuencia un botón que supuestamente desencadenaba quemaduras sobre otra persona– en sujetos de ambos sexos; pero esto no ocurría si sólo veían pruebas atléticas (Liebert & Baron, 1972).

Por su parte, Josephson (1987) notó que la exposición a señales que acababan de verse en una película violenta resultaba especialmente potente como desencadenante de la agresividad contra sus compañeros, y Bushman y Geen (1990) observaron que también aumentaba la

presión arterial sistólica. Este aumento de la agresividad cotidiana y de una mayor facilidad en su provocación en situaciones experimentales tras ver películas violentas, se ha observado tanto en chicos previamente catalogados como agresivos, como en otros ‘no agresivos’ (Parke y cols, 1977). De modo paralelo, la proyección de películas con modelos pro-sociales fomentaba en los niños un comportamiento menos agresivo (Pitkannen-Pulkkinen, 1979).

La visión de escenas violentas también afectaba el nivel de castigo (Goldstein y cols., 1975). Sin embargo, aunque se tomaba esto como medida de agresión, podría haberse interpretado igualmente como reflejo de una mayor percepción de la necesidad de controlar la violencia, de modo similar a cómo, tras ver un programa sobre los efectos nocivos del tabaco, uno se puede sentir más restrictivo respecto al fumar.

En resumen, la mayoría de los resultados obtenidos en laboratorio, bajo condiciones bien controladas, sugieren que la exposición de niños a escenas violentas –tanto en cine como en televisión– facilitan comportamientos similares inmediatamente después, es decir a corto plazo... al menos en algunos sujetos (v. revisiones en: Comstack, 1975, 1980; Geen, 1990).

Estudios observacionales de campo

La realidad de la vida, sin embargo, no puede captarse del todo en el ambiente artificial de un laboratorio (Freedman, 1984). La exposición de niños a breves escenas violentas y la observación de sus reacciones inmediatamente después, no logran acercarse lo suficiente al ‘realismo’ deseado como para contribuir de modo decisivo a la comprensión de tan complejo efecto cultural. De ahí la necesidad de acercarse a condiciones más ‘naturales’, aún a riesgo de no poder aplicar con todo rigor los apropiados controles procedimentales exigibles en un experimento científico. Y esto es lo que se proponen los estudios observacionales de campo; por ejemplo, se observa si se dan eventuales respuestas verdaderamente agresivas en la escuela o en

casa, en vez de en el contexto artificial de un laboratorio, tras proyectar películas enteras, en las que hay tanto escenas violentas como no violentas, tal como suele ocurrir en la realidad.

Estudios muy variados hechos con niños suelen coincidir –aunque no siempre– en la existencia de una correlación estadísticamente significativa y altamente replicable entre ambas variables. Sin ser muy fuerte, tiene suficiente magnitud como para reflejar una significación social (Rosenthal, 1986). Así, Leyens y cols., (1975), tras proyectar películas durante cinco noches consecutivas a dos grupos de chicos internos en un colegio –violentas a unos y no violentas a otros–, observaron que aquellos chicos expuestos a películas violentas mostraban un aumento en algunas respuestas agresivas –aunque no en todas– durante los días subsiguientes, pero no encontraron cambios consistentes en el grupo que vio películas no violentas.

Zillmann (1993) llevó a cabo dos experimentos para estudiar la conducta hostil interpersonal. En el primero, tras una semana viendo películas violentas o ‘inocuas’, los sujetos eran tratados de manera abusiva o cortés por una persona desconocida. Cuando se les daba la oportunidad de responder a dicho comportamiento, lo hacían con mayor hostilidad aquellos que habían visto películas violentas; aunque la exposición prolongada a la violencia divulgada por los medios también afectaba a quienes, lejos de haber sido provocados, habían sido tratados con cortesía, las represalias eran mayores en los sujetos provocados; su hostilidad se veía intensificada por la previa exposición prolongada a la violencia en los medios. En un segundo experimento, personas ‘compinchadas’ con el experimentador provocaban a los sujetos haciendo comentarios incómodos y desagradables sobre ellos. Posteriormente, éstos tenían la oportunidad de tomarse una represalia, al pedirseles que valoraran el trabajo de dichas personas, dándoles a entender que su opinión sería tenida en cuenta a la hora de decidir si se les seguía contratando o no. Pues bien, la intensidad de la

represalia era directamente proporcional al grado de excitación causada por la película que habían visto previamente: tras proyectarles las películas más desagradables, se enfadaban más y su valoración del ‘compinche’ era peor.

Otros estudios de campo, sin embargo, mostraron conclusiones muy distintas. Feshbach y Singer (1971), por ejemplo, tras proyectar películas violentas y no violentas a dos grupos de chicos con un pasado de delincuencia, observaron un mayor número de interacciones agresivas en aquellos que habían visto películas no violentas; según su interpretación, este aparente aumento de la agresividad tras ver películas no violentas sería más bien fruto de la frustración, pues las películas resultaban demasiado aburridas. Y Milgran y Shottland (1973), tras proyectar programas televisivos en los que se observaban diversos comportamientos antisociales, como robar o utilizar el teléfono de modo abusivo, tampoco observaron cambios significativos en la conducta.

Un meta-análisis de estudios a corto plazo (Wood, Wong & Cachere, 1991) analizando 30 comparaciones en 23 estudios en los que se medía la agresión en interacciones sociales no estructuradas, mostró un aumento significativo del nivel de agresividad en niños tras su exposición a violencia en cine o televisión, si bien este efecto no era uniforme en todos los estudios analizados. Por el contrario, estudios de campo en adultos sólo han mostrado correlación significativa en raras ocasiones.

Otro meta-análisis más amplio –se analizaron más de un millar de comparaciones encontradas en 185 estudios experimentales y observacionales– también encontró una fuerte asociación entre la exposición a la violencia divulgada y la conducta agresiva y antisocial de los telespectadores, si bien sus autores (Comstock & Paik, 1991) no se aventuraron a ofrecer posibles explicaciones causales.

En resumen, aunque sigue en pie la controversia sobre la interpretación de los datos, dada la dificultad de medir con exactitud el nivel de

agresividad desencadenada, la mayoría de los trabajos apuntan a que los chicos que se comportan más agresivamente son los que, tomados en su conjunto, ven más televisión y prefieren las escenas violentas (Bachrach, 1986; Comstock, 1980; Huesman & Eron, 1986).

Estudios longitudinales de campo

Son más dinámicos, pues comparan dichas relaciones en distintas ocasiones a lo largo del desarrollo con el fin de evaluar su dinámica y el eventual valor predictivo del comportamiento infantil. Aunque en este tipo de estudios no es posible separar con certeza absoluta causas y efectos, un análisis adecuado de los datos obtenidos permite sugerir la mayor o menor plausibilidad de un posible efecto causal, pudiendo resultar cruciales a la hora de valorar más directamente el significado práctico de la relación entre comportamiento agresivo y exposición habitual a escenas violentas en los medios de comunicación. En concreto, nos dicen si la violencia televisiva a la que se exponen durante la infancia sirve como índice predictivo de futuras conductas agresivas y antisociales en la edad adulta.

Una interesante coincidencia –problemas de recepción de señales impidieron que la televisión llegara a una pequeña región del norte de Canadá hasta 1973– permitió analizar su impacto en una comunidad hasta entonces ‘virgen’ de dicho hipotético influjo, comparándola con otras dos comunidades similares, pero con televisión: mientras que en las comunidades ‘control’ los niveles de agresividad física (pegar, empujar y morder) y verbal en niños de seis y siete años no cambiaron significativamente durante los dos años que duró el estudio, en la ciudad ‘virgen’ el nivel de agresión infantil aumentó en un 160% respecto al nivel existente antes de la introducción de la televisión (Joy, Kimball & Zabrack, 1986). Esto, a pesar de que los niveles de violencia de la televisión canadiense suelen ser relativamente bajos, unas cuatro veces menores que los estadounidenses, según un estudio de la NCTV hecho en 1981. En una palabra, la mera posibilidad de

acceso a la programación televisiva, aunque sea no violenta, acarrearía un aumento en la agresividad de la audiencia infantil.

Huesmann, Eron y cols. (1984) hicieron un estudio longitudinal en la Norteamérica semi-rural, durante más de dos decenios, aplicando en tres ocasiones una serie de medidas a un mismo grupo de personas del Columbia County (Nueva York), cuando tenían 8, 18 y 30 años, respectivamente. Su aportación más importante consistió en observar una correlación significativa entre la agresión en edad temprana y la conducta antisocial y criminal en edad adulta. A los ocho años, los chicos –pero no las chicas– mostraban una correlación entre la cantidad de violencia televisiva que veían, según sus madres, y su nivel de agresión, evaluado por sus compañeros ($r = 0,21$); dicha correlación ya no se daba a los 18 años, aunque sí se constató que aquellos chicos que preferían más escenas violentas diez años antes, eran los que se comportaban de modo más agresivo ($r = 0,34$) [en Finlandia, según estudios hechos por Viemerö (1986), esto ocurría en sujetos de ambos sexos, y no sólo en varones]; a los treinta años, tampoco se encontró relación alguna entre sus actuales hábitos televisivos y su conducta, pero sí se observó cómo los hábitos de ver televisión adquiridos por los chicos en edades tempranas (a los ocho años) sí se correlacionaban con su comportamiento agresivo en la edad adulta, sirviendo consiguientemente para predecir sus niveles de criminalidad.

El mismo equipo de investigación ha ampliado sus datos haciendo una comparación transnacional (Huesman & Bachrach, 1988; Huesman, Lagerspetz & Eron, 1984). Aunque, como era de esperar, encontraron variaciones sustanciales entre los países estudiados (Australia, Estados Unidos, Finlandia, Israel y Polonia), también pudieron sacarse interesantes conclusiones generales: los niños más agresivos veían más televisión, preferían los programas más violentos, se identificaban más con los personajes y percibían las escenas violentas como más cercanas a la realidad que los menos agresivos.

Además, excepto en la muestra australiana, también se detectó un posible efecto longitudinal entre la exposición habitual a la violencia televisiva y el ulterior aumento de agresividad, sirviendo aquella como índice predictivo del comportamiento agresivo años después (Huesman & Miller, 1994; Viemerö, 1986). Lo contrario, sin embargo, no se ha observado: el nivel de agresividad infantil no permite predecir la cantidad de violencia que será observada en los medios en su edad adulta (Viemerö, 1986; Viemerö, Olafsen & Lagerspetz, 1998).

Este estudio longitudinal sugiere un influjo pequeño, débil y ligero –solo se encontró una clara correlación en los varones y además limitada únicamente a entre un 1% y un 23% de las conductas agresivas medidas en niños–, apuntando más bien a relaciones que entreveen un efecto causal bidireccional y complejo. En cierta medida, no obstante, también apoya las conclusiones aportadas por experimentos de laboratorio, según las cuáles la exposición a la violencia divulgada en los medios estimularía la conducta agresiva, sugiriendo que en los varones podría encontrarse una relación longitudinal entre dicha exposición habitual a la violencia en la infancia y el crimen violento en la edad adulta. Así pues, una vez que se desarrolla un tipo característico de respuesta agresiva, ésta persistiría durante largo tiempo; la agresividad temprana, reflejada en la edad escolar, tiene una cierta probabilidad de convertirse en una severa conducta antisocial en los jóvenes adultos, pudiéndose manifestar como agresión física, conducta criminal, abuso u otras conductas antisociales similares.

La predisposición a ver televisión y a comportarse agresivamente podrían deberse también a la participación añadida –y quizá más importante– de otros muchos factores que podrían afectar a ambas variables: el ver televisión durante la infancia afectaría al desarrollo cognitivo, el cual, a su vez, influiría en una mayor agresividad durante la vida adulta.

Hasta ahora se pensaba que el periodo crítico se centraba en la preadolescencia, no mostrán-

dose efectos adecuados cuando los excesos televisivos tenían lugar a edades posteriores (Hennigan & cols. 1982; Milavsky & cols., 1982). Dolf Zillmann está investigando si la exposición continuada a violencia en televisión también influye negativamente en aquellos tele-espectadores adultos más propensos a cometer actos violentos. Ya ha estudiado su efecto sobre actitudes hacia la violencia, como medios para resolver conflictos, encontrando diferencias duraderas entre sexos: mientras que una exposición prolongada a la violencia no parece afectar esencialmente a las mujeres, los hombres sí se ven claramente influidos, aunque no de modo general ni uniforme, sino más bien dependiendo de sus peculiares rasgos de personalidad y, de modo más concreto, de su sensibilidad. Parece ser que los hombres que tienen mayores probabilidades de ser influidos a actuar violentamente son aquellos más insensibles y crueles, mientras que, como ocurría con las mujeres, apenas se afectan los más ‘empáticos’, es decir los más sensibles a los sentimientos ajenos. Cuanta mayor cantidad de violencia televisiva se vea, más agresivo será también el comportamiento a corto plazo en individuos impulsivos, pues les predispone hacia la hostilidad, mientras que disminuirá la agresividad en individuos con dificultades para vivenciar o enfrentarse abiertamente a sus sentimientos agresivos, ya que les serviría de catarsis o purga psíquica contra la violencia reprimida.

En resumen, los datos longitudinales disponibles parecen apoyar la hipótesis de que la exposición habitual durante la infancia a la violencia divulgada en los medios de comunicación influye en el desarrollo de la conducta agresiva en una magnitud suficiente como para mostrar importantes diferencias sociales, y con efectos relativamente independientes de otros factores, quizá más influyentes en sí.

Dificultades de Interpretación

La interpretación de estos resultados, tan variados y con solo correlaciones relativamente modestas, cuando no incluso inconsistentes, no está exenta de dificultades, maxime dadas las no

pocas diferencias encontradas en los métodos aplicados, en las medidas utilizadas y en los contextos culturales estudiados.

En primer lugar, la metodología aplicada puede resultar problemática. Resulta peligroso generalizar a situaciones naturales, como son el conflicto social o la violencia presente en la sociedad, resultados obtenidos en ambientes artificiales como los experimentales de un laboratorio: el golpear un muñeco de goma o el apretar un botón parecen poco representativos de las agresiones presentes en 'la vida real'. Incluso el medir el eventual comportamiento agresivo desencadenable tras ver una película violenta –por lo general algo más bien trivial–, y pretenderlo equiparar a la agresión desencadenada en conflictos sociales, mucho más severa, como intentan inferir algunos investigadores, resulta ciertamente 'atrevido', por decirlo suavemente.

Además, el sentimiento de punibilidad ante dichas acciones experimentales puede ser menor, pues parecen como alentadas por el experimentador que las propone. Algo similar podría ocurrir con el contenido de una película: por muy violento que resulte en sí, por el mero hecho de haber sido seleccionado por el experimentador puede suponerse aceptable (Freedman, 1984).

En cuanto a los estudios de campo, es difícil controlar en su totalidad las múltiples variables eventualmente presentes. Por ejemplo, no resulta fácil medir con exactitud el comportamiento agresivo en ambientes donde, lejos de aplicarse los estrictos controles característicos de los laboratorios, contribuyen a la varianza muchas otras variables incontroladas. También parece olvidarse el hecho de que otras escenas no violentas o incluso prosociales probablemente tendrían también un efecto en sentido opuesto, disminuyendo la agresión subsiguiente (Barón y Robertson, 1995).

Los resultados sobre los que se quiere basar una interpretación causal de los efectos de la

exposición a la televisión, son igualmente modestos. Si los efectos televisivos fueran verdaderamente potentes, sus correlaciones se acercarían a la unidad, en vez de solo ese $r = 0,31$ encontrado entre la exposición habitual a la televisión a los ocho años y el nivel de agresividad a los diecinueve (Eron & cols., 1972), y el influjo televisivo contaría para más de ese entre el 1% y el 23% contabilizado por Huesmann. Algunos muestran incluso efectos inconsistentes; por ejemplo, se observa mayor nivel de agresividad en los grupos control en casi un tercio de un total de 23 estudios analizados por Wood y cols. (1991), es decir, en siete.

Además, los estudios realizados suelen analizar efectos demasiado a corto plazo como para especular sin riesgo sobre cómo un pequeño cambio observado durante la infancia pueda irse acumulando a lo largo del tiempo hasta producir un efecto tan significativo socialmente como es el de influir sobre la violencia en la edad adulta (Wood & cols, 1991). Tampoco he encontrado en la literatura científica ni datos experimentales ni teorías que sirvan para soportar con una cierta 'decencia' científica el por qué lo que puede incrementar agresión a corto plazo, tenga que aumentarla también a largo plazo. Por ejemplo, es un hecho que la excitación tiende a aumentar la agresividad a corto plazo –no hay más que observar cómo suelen responder los niños ante situaciones frustrantes–, pero no está en modo alguno relacionada con niveles generales de una agresividad más permanente.

A la hora de analizar eventuales correlaciones, tampoco puede dejarse a un lado toda otra serie de factores que predisponen a una persona a ser más o menos susceptible al influjo de la violencia televisiva: la edad, el nivel previo de agresividad, el proceso de socialización a que está sometido, su propio tipo de personalidad, su nivel de inteligencia y de desarrollo cognitivo, el origen cultural, las expectativas morales, la normativa existente y, por supuesto, la individualidad y libertad de cada sujeto (Ramírez, 1993). Todo ello influirá sobre la percepción de la violencia.

Por último, entre los científicos no faltan posibles prejuicios tanto personales como ideológicos. Hay quienes, en su afán entusiasta por convencer a la sociedad sobre la necesidad de limitar la exposición a la violencia televisiva, exageran sus eventuales efectos nocivos. Por ejemplo, en un lugar leemos que hay 2.500 investigaciones que demuestran su efecto negativo, cuando en realidad el total de estudios científicos publicados sobre el tema en revistas de prestigio no pasa del centenar, y de ellos muy pocos aportan datos experimentales propios. Otros hacen un uso selectivo de la información, ignorando aquellos datos que no 'casan' con sus teorías preconcebidas, cerrando sus ojos, por ejemplo, a otros posibles efectos beneficiosos, que presumiblemente también tendrá la televisión, o al influjo paralelo de otras conductas igualmente reflejadas en los programas proyectados.

Y en cuanto a sus eventuales implicaciones políticas, solo mencionaremos, como ejemplo, la interpretación marxista dada por Murdock (1982), presentando la violencia juvenil como parte de la lucha de clases, y la televisión como un importante medio para cambiar la percepción de las clases sociales.

Resumen de resultados

La mayoría de las investigaciones muestran una correlación positiva entre la exposición habitual a violencia en los medios de comunicación y el actuar agresivamente en los sujetos expuestos. Esta correlación se observa más claramente en aquellos sujetos previamente menos agresivos (Viemerö, 1986).

Una mera correlación, maxime si es a bajo nivel como las aquí encontradas, no asegura su eventual causalidad –podría reflejar meras diferencias en la estabilidad de las medidas (Rogosa, 1980)–. De ahí que no haya podido demostrarse aún su relación causal, y menos aún la direccionalidad de ésta, si bien tampoco se ha podido negar. No es de extrañar, por tanto, que encontremos explicaciones muy distintas entre sí.

La mayoría de los trabajos apoyan un posible efecto causal: la exposición a la violencia en los medios de comunicación aumentaría la conducta agresiva subsiguiente del espectador. No obstante, conviene hacer una serie de salvedades. En primer lugar, hay que recordar que la mayoría de las investigaciones se han llevado a cabo *en niños*; de ahí que, salvo que se advierta lo contrario, los resultados aquí comentados se limiten a la edad infantil. Aunque la exposición de los adultos a la violencia televisiva apenas se ha estudiado, su influjo sobre el desencadenamiento de la conducta agresiva no parece que sea tan influyente como durante la infancia (Huesmann y Miller, 1994). En segundo lugar, los eventuales efectos causales se han observado *en laboratorio*, por lo que resulta arriesgado generalizar sus resultados a contextos naturales propios de la vida real. Por último, la mayoría de los estudios, tanto los experimentales en laboratorio como los observacionales estáticos, se han limitado a analizar posibles efectos inmediatos, *a corto plazo*, durante el periodo inmediatamente subsiguiente a la visión de una escena violenta. ¿Serían duraderos los efectos observados? Parece ser que los eventuales efectos de la exposición habitual a la violencia difundida en los medios se disiparían rápidamente, influyendo únicamente sobre la conducta inmediata. Intentos de analizar eventuales efectos a largo plazo –por ejemplo midiendo el nivel de agresión sexual un mes después de la exposición televisiva– no han mostrado la existencia de efectos significativos (Malamuth, 1986).

Para otros, por el contrario, la causalidad mostraría justo la dirección contraria: lo que ocurre en realidad no es que los programas violentos desencadenen mayor agresividad en los telespectadores, sino que los chicos que se comportan más agresivamente son los que prefieren ver más televisión y las escenas más violentas (Bachrach, 1986; Comstock, 1980; Gunter, 1994; Huesman & Eron, 1986). Viemerö (1986), por ejemplo, observó que las escenas violentas de las películas les gustaban más a las chicas más agresivas que a las más pacíficas. Las películas agresivas se limitarían a 'mantener' una agresión ya existente con anterioridad

(Zillmann, 1982), en vez de facilitarla. Sin embargo, y a pesar de utilizarse los análisis estadísticos más variados, han resultado infructuosos los intentos de verificar esta hipótesis según la cual la agresión causaría un aumento en la visión de escenas violentas.

No faltan tampoco quienes apuntan más bien hacia una posible causalidad bidireccional entre ambas variables (por ejemplo, Huesman y Eron, 1984); la exposición a la violencia en los medios aumentaría la agresión y, al mismo tiempo, los sujetos agresivos preferirían ver más escenas violentas. Su único apoyo experimental parece haberse encontrado en un análisis de regresión múltiple realizado con el material recogido durante tres años por los mencionados autores en diversos países. Pero cuando se amplió a los datos recogidos durante seis años, no se lograron resultados idénticos.

Otros, no encontrando suficiente base científica para afirmar necesariamente una relación causal, prefieren defender la existencia de una mera correlación no causal (por ejemplo, Freedman, 1984, 1992). Ambas variables dependerían de un tercer factor, responsable de su correlación. Podrían verse afectadas tanto por algunos factores psicobiológicos, como las diferencias sexuales, el nivel cognitivo o los rasgos de la personalidad de cada uno, como por algunos otros socioculturales, quizá incluso más influyentes que los propios medios de comunicación, como el ambiente socioeconómico en el que uno se desenvuelve, la familia, los compañeros, y demás circunstancias ambientales.

Estos 'terceros' factores influirían en la facilitación de la conducta violenta en el telespectador, ya sea como posibles mediadores o instigadores –motivando la agresividad y afectando indirectamente su aprendizaje–, ya sea incluso más directamente, como verdaderos componentes o fuentes moldeadoras de las respuestas y de la socialización del niño, desarrollando o inhibiendo tanto un excesivo apego a ver televisión, y especialmente programas violentos, cuanto un posible comportamiento pos-

terior violento y antisocial o, por el contrario, prosocial.

Nadie duda de la importancia de la edad como mediador, aunque quizá actúe en mútuo refuerzo con otros factores. Mientras que en estudios realizados en Estados Unidos (Eron & cols., 1983) los hábitos de ver televisión muestran un periodo sensitivo alrededor de los nueve años, en niños finlandeses Vappu Viemerö (1986) ha observado su contínuo aumento a lo largo de los años. También hay opiniones variadas respecto a la estabilidad de la agresividad y su consistencia a lo largo del tiempo: mientras que algunos autores (por ejemplo Olweus, 1979) dicen que ésta tiende a estabilizarse con la edad, otros han observado importantes fluctuaciones durante la pubertad, y no faltan quienes constatan diferencias sexuales, con una mayor estabilidad en varones (ver, por ejemplo, Pulkkinen & Ramírez, 1989). El tema tiene su interés, pues si la conducta reflejada durante la infancia sirve para pronosticar con razonable aproximación la conducta que se tendrá en la edad adulta, entonces merecerá la pena investigar cuáles son los influjos tempranos sobre la adquisición de agresión.

Como decíamos, también se encuentran diferencias sexuales; las mujeres distinguen mejor entre realidad y ficción, mientras que los varones tienden a interpretar lo que ven en televisión como algo más cercano a la realidad de lo que a veces pudiera esperarse, y consecuentemente se identifican más con los personajes agresivos; de ahí que se encuentre entre los varones un mayor nivel predictivo entre la violencia observada en televisión durante la infancia y su ulterior comportamiento agresivo en la juventud (Huesman & cols., 1998). Igualmente una exposición prolongada a la violencia parece afectar esencialmente a los hombres, aunque no de modo general ni uniforme, sino más bien dependiendo de sus peculiares rasgos de personalidad, mientras que las mujeres no suelen ser tan sensibles (Zillmann, 1993).

¿Se han encontrado posibles diferencias según la personalidad del individuo? ¿Hay perso-

nas más sensitivas que otras ante el influjo de los medios? Viemerö (1986), aún defendiendo el valor predictivo de la exposición a la violencia en todo tipo de niños, observó que el aumento del comportamiento agresivo resultaba más patente en aquellos originariamente menos agresivos, mientras que, por el contrario y en contraste con lo indicado por Björkqvist (1985), no encontró un influjo sistemático en el grupo de niños más agresivos. Zillmann (1993) tampoco encontró diferencias en cuanto al comportamiento hostil interpersonal, tras estudiarlo entre toda una variedad de tipos de personalidad.

¿Influirían más los medios de comunicación en los más débiles intelectualmente hablando? ¿Sería el nivel de inteligencia del espectador o, más ampliamente, su capacidad cognitiva en general ese tercer factor principal? Un informe del gobierno norteamericano (Pearl & cols, 1982) apuntaba hacia la existencia de una correlación negativa entre la cantidad de tiempo dedicado por un niño a ver televisión y su nivel de inteligencia y rendimiento escolar. Un bajo nivel de inteligencia podría desencadenar tanto una conducta más agresiva –ya sea por frustración, ya por incapacidad de aprender estrategias de actuación no agresiva–, cuanto una mayor tendencia a ver televisión, quizá para obtener vicariamente lo que echan de menos en su propia vida. En efecto, el tiempo dedicado a la televisión podría haberse dedicado a actividades más estimulantes, creativas y ‘productivas’, al menos en ambientes socialmente elevados y con buen nivel intelectual. El mencionado informe, sin embargo, no se olvida de mencionar que la exposición a la televisión también tiene efectos beneficiosos, especialmente para niños desarrollados en ambientes poco estimulantes, como suele ser el caso en clases sociales bajas y con poco nivel intelectual, en las que la televisión podría convertirse en un estupendo estimulante del hábito de lectura y del trabajo escolar (Huston, 1984; ver también Covarrubias, 1980).

Si se considera el rendimiento escolar como un indicador de inteligencia, no se ha observado correlación alguna del mismo con la cantidad de

violencia vista en los medios, pero sí una correlación negativa con la conducta agresiva: los niños más agresivos obtenían peores notas, y el ver excesiva televisión o muchas escenas violentas no les motivaba a hacer los deberes escolares (Viemerö, 1986).

El estudio longitudinal llevado a cabo por Eron y Huesman a lo largo de más de veinte años, y mencionado anteriormente, ha mostrado que la interferencia de la agresión infantil sobre el desarrollo intelectual adulto era mayor que lo contrario, es decir, que la del fallo intelectual infantil sobre la agresividad adulta. Esto sugiere que el aprendizaje de comportamientos agresivos mediante la observación de excesiva violencia en televisión durante la infancia podría tener como efecto secundario una disminución del rendimiento intelectual en la edad adulta.

Sin embargo, Wiegman y cols. (1984), al analizar la posibilidad de que el cociente intelectual fuera la única variable relacionada con ambas, y por tanto el responsable causal de su posible intercorrelación, observaron que dicha correlación permanecía incluso cuando el factor intelectual estaba parcialmente fuera; por tanto, éste no podría explicar por sí solo la mencionada correlación negativa.

Otro factor con quizá mayor peso en el desencadenamiento de violencia que la capacidad cognitiva, podría ser *la falta de auto-control*. La agresividad es un sentimiento más que común en los humanos –y obviamente también en otras especies–, pero en la mayor parte de las ocasiones logramos moderarla con éxito, evitando así que se convierta en una expresión violenta seria. Aquellas personas caracterizadas por una mayor propensión a la violencia, por tanto, verían explicada su conducta agresiva no tanto por ser de una naturaleza o personalidad propensa a la agresión, cuanto por ser más impulsivos y faltos de auto-control (Cabanac & Ramirez, 2002).

Los datos obtenidos respecto al eventual influjo del nivel socioeconómico no son consisten-

tes. Estudios elaborados en Estados Unidos parecen encontrar una cierta correlación negativa entre ambos: un bajo nivel social se correspondería con un mayor nivel de agresión, tanto en la cantidad de escenas violentas vistas cuanto en su comportamiento en la vida real, quizá por frustración o por menor probabilidad de aprendizaje de conductas prosociales. Esta correlación, sin embargo, no se observa en países con una mayor homogeneidad social (Huesmann & Eron, 1986). Así pues, la situación socioeconómica –al igual que ocurría con la capacidad cognitiva– tampoco parece responder de modo completo a dichas expectativas causales; la eventual correlación entre ambas variables es independiente de dichas circunstancias (Huesman & cols., 1998; Singer & Singer 1981).

La valoración moral, la identificación con el personaje y la interpretación de lo proyectado como algo real forman también una red mutuamente reforzante sobre el joven espectador. En efecto, la justificación moral de las escenas difundidas juega un papel interesante en el ulterior comportamiento del espectador. Cuanto más se justifica moralmente, o cuando mayores sean las expectativas sociales al respecto, más aceptable resulta (Ramírez, 1991, 1993). Lo que satisface nuestras necesidades reales tiende a verse como aceptable, mientras que cuanto más las obstaculiza, más inaceptable y condenable se considera; y cuanto más aceptable sea, más imitable resulta. Geen (1981) observó un aumento del criticismo agresivo en los espectadores, tras ver en televisión agresiones ‘justificadas’.

Sólo añadiríamos que los niños de una cultura pueden mostrar expectativas normativas distintas a los de otras (Fujihara & cols., 1999; Musazadek 1999; Ramírez, 1991, 1993, 2001b; Ramírez & Fujihara, 1997; Ramírez & cols., 1998). Por ejemplo, la correlación entre ver escenas violentas en televisión y su comportamiento agresivo resulta muy baja en kibbutz, ya que en ellos se fomenta entre los niños el rechazo de todo comportamiento agresivo en las relaciones sociales, por lo que, además de que suelen ver muy poca violencia en la televisión, cuando lo hacen, la acompañan de

una discusión sobre las implicaciones sociales de lo que han visto (Bachrach, 1986).

Por su parte, la capacidad de imitación de lo visto es uno de los principales factores predictivos de la agresión futura (Viemerö, 1986). Muchos estudios muestran un mayor nivel de agresividad cuanto más se identifican los niños con el agresor. A mayor identificación con los personajes de una película violenta, mayor identificación de su conducta y mayor disponibilidad para imitarla: éstos se convierten en ‘héroes’ a imitar. Este claro proceso de aprendizaje sería mayor cuanto más realistas y más cercanos a sus circunstancias consideren a los ‘actores’ y cuanto más reales parezcan los personajes y las escenas observados.

¿Desde cuándo distinguen los niños entre realidad y ficción? La importancia de los ‘héroes’, en cuanto imitables, empezaba a disminuir a partir de los 10-11 años; hasta entonces apenas se distinguía entre personajes ficticios y reales; y luego, la identificación tendía a limitarse a aquellos personajes más cercanos al contexto de su propia realidad o a su edad. Por ejemplo, los ‘héroes’ de la misma edad que el espectador resultaban los modelos que mayor influjo inmediato mostraban sobre el proceso imitador (Hichs, 1965). Mientras que, según Lefkowitz y cols. (1977), la percepción de realismo disminuiría con la edad, para Viemerö (1986; Janis, 1980), por el contrario, a mayor edad, más cercano a su propia vida juzgaban el contenido de las películas violentas, valorando dicha violencia como algo normal, cotidiano y aceptable, y, en consecuencia, con mayor propensión a imitarlo actuando ellos mismos de modo violento. El sexo del ‘heroe’, sin embargo, no parecía ser tan importante: así Bokander y Lindblom (1967) han descrito cómo chicos de 15-17 años se identificaban con caracteres femeninos de tal manera que esta identificación servía para predecir su comportamiento seis años después.

También se ha analizado el posible papel del castigo o de la popularidad como posibles causas desencadenantes. Respecto al castigo, no se en-

cuentra relación a largo plazo, y no faltan razones para ello (Huesman y Miller, 1994). Y en cuanto a la popularidad, se ha observado en EEUU que tanto los niños más agresivos como los que ven más violencia televisiva son los menos populares entre sus compañeros.

No faltan quienes, al no encontrar relación causal alguna entre ambas variables, entienden que la televisión se ha convertido en la cabeza de turco o chivo expiatorio al que mentes con prejuicios echan toda una serie de culpas de la que no es responsable, presentándola como la causante principal de una violencia que impregna nuestra sociedad actual⁴, ignorando que otros factores bioculturales, como la falta de desarrollo, contribuyen a la violencia social de manera mucho más importante (Kaplan & Singer, 1976). El verdadero problema no consistiría en que se vea violencia en la pantalla, sino en que la violencia está omnipresente en la sociedad (pobreza, crimen, drogas). Aunque muchos críticos culpan a la TV de envenenar, narcotizar y embrutecer la mente de los espectadores, arruinando su creatividad, lo que hace en realidad es aprovechar su constante acceso a la violencia gráfica en la vida diaria para ofrecernos el producto que buscamos, amoldándose a nuestros deseos, porque su negocio consiste en vender audiencia a los patrocinadores.

Tampoco no podemos olvidar, como muy bien apunta Rojas Marcos (2001), el continuo atractivo lúdico de las imágenes violentas, del sadismo y de la crueldad. Su poder embriagador es un efecto pernicioso similar a la inquietud que causa nuestra atracción por las escenas violentas, descrita por S. Agustín en el Libro VI de sus Confesiones: el joven romano Alipio se dejó arrastrar por la insistencia de sus amigos y acudió a regañadientes a presenciar un espectáculo de gladiadores. Aprensivo de lo que iba a presenciar, cerró los ojos; pero, al rato, despertado por el griterío de la multitud que le rodeaba, los abrió para ver lo que ocurría: «la

herida que recibió en su alma fué más grave que la que había recibido el gladiador en su cuerpo. Cayó y cayó más miserablemente que el luchador, cuya caída levantó el griterío de la multitud. El clamor de la muchedumbre había taladrado sus oídos, obligándole a abrir los ojos, dejando abierta su alma para recibir la herida que le derribó. Un alma más presuntuosa que fuerte, pues, tan pronto como vió la sangre correr, bebió la crueldad y no apartó los ojos. Miró muy atento y se emocionó sin darse cuenta, deleitándose con la maldad de aquella pelea y embriagándose con aquel sangriento placer. Desde aquel momento Alipio ya no fué el mismo que había entrado en el circo, sino uno más del populacho que allí concurría, verdadero compañero de quienes le habían arrastrado. ¿Necesito decir más? Vió el espectáculo, gritó y quedó enardecido. Cuando dejó el coliseo, ya llevaba consigo la locura que le empujaría después a volver una y otra vez, no solamente con los amigos que le habían llevado por la fuerza, sino también él solo o llevando a otros amigos». Algo parecido ocurriría hoy día con los combates de boxeo o de lucha y, por supuesto, con la violencia televisiva.

Desde esta perspectiva, se insiste en que los eventuales efectos nocivos de la televisión son menores que los efectos beneficiosos que también aporta; éstos afectarían en mayor medida, incluso sobre la propia violencia ambiental. En efecto, los medios de comunicación ofrecen también un contenido prosocial cuyo influjo positivo, constructivo, sobre el comportamiento prosocial del espectador, ayudando a neutralizar muchas de las fuerzas sociales conflictivas que invaden nuestra sociedad, suele ser mayor que el influjo negativo de su contenido antisocial, fomentando el comportamiento agresivo y antisocial. Estas facetas positivas, como formación, cultura y ocio, obviamente conviene fomentarlas. No en vano nos encontramos ante una de las instituciones que más pueden influir sobre la educación (Covarrubias, 1980).

⁴ Recuerdo un comentario de Woody Allen en su película *Annie Hall*: reflejando gráficamente esta actitud: "all that sun and the streets are so clean. Have you considered why? All the garbage is on television" ("¿Te has parado a considerar por qué hace tanto sol y las calles están tan limpias? Porque toda la basura está en la televisión").

Por ejemplo, según un informe del gobierno norteamericano antes mencionado, en clases sociales bajas y con poco nivel intelectual, la televisión podría convertirse en un estupendo estimulante del hábito de lectura y del trabajo escolar (Huston, 1984). Sin embargo, según otros, y estoy pensando en el excanciller alemán Gerhard Schröder, estamos ante una 'Sociedad escindida', según los distintos ambientes familiares, en la que hay niños que por la mañana van desayunados a la escuela y otros que dejan su casa hambrientos, niños a los que por la noche les leen algo y otros que tras ver la tele durante horas se quedan dormidos en las horas de clase, niños que aprenden a leer y a escribir en la escuela, y los demás. Los niños en ambientes familiares desfavorables sufren un exceso de imágenes de televisión y videojuegos, que se refleja negativamente en una peor capacidad de abstracción y concentración en un texto. Estos niños no pueden renunciar ni a una brizna de su tiempo escolar en materias básicas, como leer, escribir y calcular, para dedicarlas a Internet.

Además, este posible papel beneficioso de la televisión, por ejemplo a través de campañas publicitarias de tipo preventivo, a veces no resulta todo lo útil que sería de esperar, por falta de claridad en el significado del mensaje que quiere transmitirse. Las campañas preventivas serían quizá más eficaces dentro de un contexto de socialización, como el ofrecido por la escuela, y facilitando la transmisión de los mensajes a través de figuras relevantes para el sujeto: al actuar como modelos, su influencia sería mayor e inequívoca.

Hay también quienes, basados en la noción de catarsis (la observación de violencia podría inducir a un desahogo de sentimientos agresivos, reduciendo sus emociones personales de enfado y hostilidad), piensan (p.ej. Feshbach, 1956) que la mera exposición a la violencia en medios tales como televisión y deporte reduciría la probabilidad de agresión: los telefilms y las películas violentas, así como los juegos bélicos, lejos de hacer que los niños se vuelvan violentos, «constituyen mecanismos de descarga de la agresividad, que ayudan a neutralizar la violencia, como en el psicodrama o en el teatro», según se lee en

un informe de la Comisión Nacional Española del Día del Niño de 1998, en el que se asegura que «los niños violentos lo son porque han sido violentados, no por haber jugado a pelear con juguetes bélicos o por haber visto películas, aunque cada edad tiene las películas que le corresponden. El juego -concluye el informe- permite al niño canalizar su natural agresión», sirviendo, por tanto, para liberarnos de nuestros impulsos interiores. La observación de violencia, por tanto, podría reducir el sentimiento agresivo. La aceptación de esta postura, sin embargo, no repugna el poder aceptar también la de quienes propugnan que la exposición a la violencia televisiva probablemente engendre la ejecución de actos violentos en sus espectadores.

Conviene puntualizar, no obstante, que la hipótesis de catarsis no parece contar con suficiente soporte empírico. Muchos de los estudios acerca de dicha hipótesis (por ejemplo, Baron 1977; Heiligenberg & Kramer, 1972; Hokanson 1970; Liebert & cols., 1973; Tavis 1982) muestran que la expresión de conductas agresivas en lugar de disminuir la agresividad del individuo en el futuro, puede producir no cambio, o incluso tiende a aumentarla.

Por último, y a pesar de los múltiples experimentos y observaciones realizados a lo largo de los muchos años que se lleva investigando sobre este tema, todavía no es posible ofrecer una conclusión definitiva, pues resulta imposible separar causa y efecto. Menos aún está claro en qué medida podría influir la violencia presente en los medios de comunicación en el ambiente de violencia social presente en la vida real, cambiando la opinión sobre la prevalencia y localización de crímenes violentos, y de quienes se ven dañados por ellos. Mientras que la literatura muestra una investigación bastante convincente respecto a las conexiones entre la exposición a la violencia en los medios y la delincuencia y criminalidad individuales, aún no se ha detenido a describir adecuadamente cómo los medios de comunicación también reproducen una cultura general de violencia en la que se definen las normas y expectativas.

POSIBLES MODELOS EXPLICATIVOS

¿Qué posibles modelos psicológicos podrían explicar las eventuales correlaciones observadas entre la exposición habitual a la televisión, y más en concreto a sus escenas violentas, y la conducta violenta de la propia audiencia? Sin ánimo de ser exhaustivos, y sin que la aceptación de una explicación signifique necesariamente la exclusión de otras –por el contrario, factores y mecanismos muy diferentes pueden participar conjuntamente–, mencionaremos brevemente alguno de los principales modelos posibles (Viemerö, 1986)

Modelamiento e imitación

De acuerdo con la teoría del aprendizaje social (Bandura, 1965, 1977), uno de los clásicos hallazgos de la psicología social es que a menudo nos vemos fuertemente influidos por las acciones de quienes nos rodean, la familia, la escuela, el ambiente de trabajo, los medios de comunicación, etc.; especialmente los niños aprenden a comportarse mediante el refuerzo directo y la observación de la conducta ajena. Estas diversas fuentes o componentes sociales servirán de modelos para sentimientos, pensamientos y acciones. Por tanto, la exposición al comportamiento ajeno –en nuestro caso a la violencia divulgada en medios de comunicación– puede desencadenar reacciones similares en quienes la observan, favoreciendo su adquisición y subsiguiente repetición, mediante el aumento de sentimientos hostiles y pensamientos agresivos (Anderson, 1997).

¿Cómo actuaría este modelado? Su impacto sobre los observadores suele atribuirse a cuatro factores principales. Primero, quienes observan escenas violentas suelen aprender nuevos modos de comportarse violentamente, hasta entonces desconocidos por ellos, mediante el llamado *aprendizaje observacional*; así, una cuarta parte de los criminales entrevistados en una cárcel norteamericana confesaron que habían utilizado métodos criminales aprendidos viendo la televisión; y hace sólo unos años, en 1993, dos jóvenes

mataron a golpes a un niño de dos años, tras ver escenas similares en la película ‘El Muñeco Diabólico»; algo similar comenta Samudio (2001) respecto a los criminales colombianos. Segundo, el verse expuesto a acciones agresivas desencadena en el sujeto una serie de *efectos desinhibidores*: ‘¿si otros actúan con dicha impunidad –vendrá a razonar- porqué no puedo yo también actuar así?’. Tercero, la observación frecuente de ciertas escenas de contenido violento, aunque sean fantásticas, va fomentando gradualmente una *desensibilización emocional* ante la violencia, que acabaría considerándose como algo cotidiano, habitual, normal, sin mayor importancia, y tolerable por la sociedad, cuando no incluso excitante y eficaz en las relaciones sociales. Finalmente, se puede acabar alterando la *imagen de la realidad*: el ver con frecuencia escenas violentas, aunque sean producto de la ‘fantasía’ del artista, tienden a crear en el observador el prejuicio de que dicha violencia y hostilidad campean normalmente en su derredor –la sociedad actúa así, el mundo es un ambiente hostil, la vida es violencia–, y consiguientemente, al sentirse fácilmente amenazado, también ‘se siente con derecho’ a responder de modo igualmente amenazante y agresivo para resolver situaciones problemáticas.

Según una de sus formulaciones más recientes (Bandura, 1986), lo más importante en el aprendizaje sería la valoración cognitiva de los múltiples hechos que tienen lugar en su derredor: cómo los interpreta el niño y cuán competente se siente para responder ante los mismos. Cuanto más poderoso y cercano a la realidad sea el modelo, más imitable resulta. La imitación de comportamientos agresivos observados será más probable si se sienten provocados (por ejemplo, por frustración), si tienen a su disposición los instrumentos necesarios para ello (por ejemplo, un arma) y si así obtienen los resultados deseados (Bandura, 1968).

Desensibilización fisiológica

Una excesiva exposición a la violencia televisiva disminuiría el nivel de excitación ante

nuevas escenas violentas (Bjorkqvist, 1985), fomentando lo que Zillmann (1982) denomina una 'habitación excitadora', entendiéndose por tal la utilización de la violencia por el observador para lograr una cierta excitación, a cuyo nivel se habitúa, necesitando entonces una mayor dosis de violencia para sentir una excitación similar. Este proceso produciría un cambio en actitudes y valores, disminuyendo el umbral desencadenante de conducta agresiva. Según Berkowitz (1984), esta disminución del nivel de excitación fisiológica podría reflejar la reducción del conflicto interno, al reducirse la ansiedad, pero no necesariamente un descenso en las eventuales inclinaciones agresivas del observador.

Desensibilización cognitiva

Este modelo se basa en la sugerencia de que la exposición a la violencia tiene un influjo modificador sobre actitudes y valores (Comstock, 1978; Gerbner, 1983). Los medios de comunicación, al informar a los niños sobre las actitudes y valores del mundo adulto —a veces llegan a glorificar la propia violencia—, les inducirían a cambiar sus propias actitudes, desensibilizando a sus inmaduros espectadores, quienes acabarían pensando que no hay nada malo en comportarse como el actor violento cuya película ven (Janis, 1980). La excesiva oferta de contenidos violentos hace que el público llegue a aceptarlas como normales y tolerables, cambiando así actitudes sobre la utilidad de la violencia en la sociedad. Así, por ejemplo, se está investigando bajo qué circunstancias la gente aprueba el uso de la violencia como medio para resolver conflictos (Zillmann, 1993).

Procesamiento de la información

A modo de un guión o estrategia cognitiva (Huesman, 1988), la exposición habitual a violencia, principalmente a través de cine y televisión, fomentaría en los niños una serie de hábitos agresivos que controlan su comportamiento social, persistiendo hasta bien entrada la edad adulta. El niño procesaría la información

almacenándola en su memoria a modo de esquemas o guiones, entendidos como estrategias o representaciones cognitivas de programas de conducta, que influirán en su conducta ulterior, como pautas generales de agresividad, refuerzo, aceptación. Estos guiones deben codificarse, almacenarse, ensayarse y encontrarse del mismo modo que otras estrategias comportamentales: cuanto más las practique el niño, codificando, ensayando y buscando hechos y escenas agresivas en su alrededor —por ejemplo, en la televisión, en los tebeos, o en el juego—, con mayor facilidad los encontrará, y consiguientemente lo más probable será que se comporte agresivamente en situaciones sociales similares. De modo paralelo, si almacena guiones prosociales, se comportará de modo no agresivo. Así pues, el niño reaccionará de modo apropiado a los diversos estímulos y situaciones sociales mediante toda una serie de procesos cognitivos, aunque, una vez incorporados firmemente a su repertorio personal a modo de guiones, parezca que los ejecuta de manera aparentemente automática, como si no pensara en lo que hace. El comportamiento adulto dependería en gran medida de la mayor o menor práctica previa de los guiones, por ejemplo, mediante fantasía.

Modelo cognitivo-neoasociacionista

Un pensamiento activo desencadenará comportamientos del mismo tipo: los medios de comunicación ofrecerían ideas que luego pueden hacer realidad los espectadores (Berkowitz, 1984). La frecuente visión de escenas violentas activaría pensamientos relacionados con lo observado, llevando a una estimación exagerada de su aceptación social, de su justificación moral o meramente de sus eventuales beneficios. Estos pensamientos e ideas relacionados con la violencia se activarían después transformándose en sentimientos y tendencias agresivas. Ni que decir tiene que este sentimiento de mayor 'aceptabilidad' de la violencia, fomentado por una exposición habitual a la misma, disminuiría su ansiedad y acabaría aumentando su comportamiento agresivo, dada la correlación negativa

entre agresión y violencia observada por Vappu Viemerö (1986). Los medios de comunicación, por tanto, serían meras fuentes o esquemas cognitivos 'asociados con agresión.

CONCLUSIÓN

La literatura científica muestra datos contradictorios sobre si la violencia televisiva realmente engendra actos violentos en sus espectadores, o simplemente se limita a ejercer una modulación sobre la conducta de niños y jóvenes. Aunque la mayoría defiende que la exposición habitual a escenas violentas en los medios puede influir de alguna manera sobre la estimulación del comportamiento agresivo y antisocial en la vida real [cuando los niños se ven expuestos a modelos agresivos en TV, puede incrementarse su agresión futura por el refuerzo de la imitación social], otros autores, basados en la noción del efecto catártico, piensan lo contrario, que su mera observación reduce el sentimiento agresivo y consiguientemente la probabilidad de agresión. Si intentamos poner de acuerdo ambas posturas extremas, podríamos concluir diciendo que, mientras la observación de violencia puede reducir el sentimiento agresivo, probablemente aumentará la ejecución de actos agresivos. No obstante, aún no es posible ofrecer una conclusión definitiva. Si resulta poco menos que imposible separar su direccionalidad –¿causa o efecto? –, menos claro estará aún en qué medida podrían influir entre sí.

Tampoco puede negarse *a priori* que la exposición habitual durante la infancia a una excesiva difusión de la violencia en los medios de comunicación pueda acarrear posibles efectos a largo plazo, influyendo sobre el actual nivel de criminalidad en la vida adulta y en la violencia social que nos oprime, incluso en una magnitud suficiente como para explicar importantes diferencias sociales. No faltan modelos psicológicos que puedan explicarlo de modo plausible: el aprendizaje social, la desensibilización, el procesamiento cognitivo de la información, el cognitivismo-neoasociacionista, etc.

Pero, aunque los efectos de la exposición a la televisión –sean o no violentas sus escenas– puedan no ser triviales en cuanto contribuyentes potenciales al aprendizaje, fomentando el desarrollo de pautas agresivas en la vida real, pocos investigadores se atreverían a sugerir hoy día que la violencia en los medios sea la principal causa del estado de violencia social que nos rodea. Quizá convenga evitar una sobrevaloración de su influjo, olvidando la participación causal de otros factores (Huesmann & Millar, 1994). En la actualidad, por tanto, aunque el tema continúa siendo de relevancia social y disciplinar, la intensidad del debate acerca de la influencia negativa de la violencia televisiva parece haber disminuido en todo el mundo.

La conducta agresiva es producto de la convergencia, en continua y dinámica interacción, de toda una serie de fuerzas psicobiosociales, peculiares de cada persona: factores genéticos y epigenéticos, fisiológicos y psicológicos, peculiaridades de la personalidad y de las circunstancias biográficas propias de cada uno –por ejemplo, el estrés (Poveda & cols., 2002; Ramírez, 1986, 2001a)–, así como su interacción con el ambiente sociocultural, económico y educativo en el que cada uno se desenvuelve –televisión y otros medios de aprendizaje incluidos–, criminalidad, drogadicción, a lo largo de un proceso de socialización en el que participan agentes muy diversos (Ramírez, 1994, 1998; Ramírez & Rañada, 1996). Podría resultar más productivo, por tanto, buscar posibles causas más importantes de la agresión en otros lugares, tales como las diferencias ambientales y culturales, los modelos familiares y cognitivos y, por supuesto, las peculiaridades psicobiológicas de cada sujeto (Ramírez, 1996; Wood & cols., 1991).

Por último, también debemos conocer cómo la violencia presente en los medios de comunicación influye en la discusión pública sobre violencia en la vida real, cambiando la opinión sobre la prevalencia y localización de crímenes violentos, y de quienes se ven dañados por ellos. Mientras que la literatura muestra una investigación bastante convincente respecto a las conexiones entre la exposición a la violencia en los

medios y la delincuencia y criminalidad, es decir, concentrando sus efectos sobre el individuo, aún no se ha detenido a describir adecuadamente cómo los medios de comunicación también reproducen una cultura general de violencia en la que se definen las normas y expectativas.

REFERENCIAS

- Aguilar, A. & Ramírez, B. (1997). Escenas televisivas: validación de su contenido emocional. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 29, 287-301.
- American Academy of Pediatrics. Committee on Communications (1990). Children, adolescents, and television. *Pediatrics*, 85, 1119-1120.
- American Medical Association (1976). Resolution 38. *Proceedings of the House of Delegates. June-July 1976*. Chicago: AMA, 280.
- Anderson, C. (1997). Effects of violent movies and trait hostility on hostile feelings and aggressive thoughts. *Aggressive Behavior*, 33, 161-178.
- Bachrach, R. (1986). The differential effect of observation of violence on kibbutz and city children in Israel. En L.R. Huesmann & L.D. Eron (Eds.), *Television and the aggressive Child*. Hillsdale: Erlbaum.
- Bandura, A. (1965). Influence of models' reinforcement contingencies on the acquisition of imitative responses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1, 589-595.
- Bandura, A. (1968). What TV-violence can do to your child. En N.O. Larssen (Ed.), *Violence and the mass media*. New York: Harper & Row.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Baron, R.A. (1977). *Human aggression*. New York: Plenum.
- Berkowitz, L. (1984). Some effects of thoughts on anti- and prosocial influences of media events: a cognitive-neoassociation analysis. *Psychological Bulletin*, 95, 410-427.
- Björkqvist, K. (1985). *Violent films, anxiety and aggression*. Helsinki: Societas Scientiarum Fennica.
- Bokander, I. & Lindblom, K. (1967). Upplevelseförändringar hos barn och ungdom efter visning av aggressionmättad spelfilm. *Nordisk Psykologi: Monografserien 21*.
- Botha, M.P. & Mels, G. (1990). Stability of aggression among adolescents over time. A Southafrican study. *Aggressive Behavior*, 16, 361-380.
- Bushman, B.J. & Geen, R.G. (1990). Role of cognitive-emotional mediators and individual differences in the effect of media violence on aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67, 1-7.
- Cabanac, M. & Ramírez, J.M. (2002, Julio). *Pleasure, impulsiveness, and aggression in people of different ages*. Comunicación presentada al XV Congreso Mundial de la International Society for Research on Aggression, Montreal, Canada.
- Centerwall, B.S. (1989). Exposure to television as a risk factor for violence. *American Journal of Epidemiology*, 129, 643-652.
- Centerwall, B.S. (1996, Septiembre). *Television and violence: The scale of the problem and where to go from here*. Comunicación presentada al International Meeting on Biology and Sociology of Violence. Valencia, España.
- Cervós Navarro, J. & Ramírez, J.M. (1976). La manipulación psicossomática de la personalidad, *Persona y Derecho*, 3, 275-295
- Comstock, G.A. (1975). *Television and human Behavior: The key studies*. Santa Monica: Rand.
- Comstock, G.A. (1978). The impact of television on American institutions. *Journal of Communication*, 28, 12-28.
- Comstock, G.A. (1980). New emphases in research on the effects of television and film violence. En E.L. Paler, & A. Durr (Eds.), *Children and the faces of television*. New York: Academic Press.
- Comstock, G.A. & Paik, H. (1991). *The effects of television violence on aggressive behavior. A meta-analysis*. Informe no publicado para National Academy of Sciences Panel on the Understanding and Control of Violent Behavior. Washington, D.C.
- Covarrubias, A.C. (1980). La television en la solucion de problemas sociales: necesidad de dar educacion por television. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 12, 145-157.
- Donnerstein, E. (1998, Julio). *The National TV Violence monitoring study*. Comunicación presentada al XIII Congreso Mundial de la International Society for Research on Aggression, Mahwah, N.J.
- Eron, L.D., Huesmann, L.R., Brice, P., Fischer, P. & Mermelstein, R. (1983). Age trends in the development of aggression, sex typing and related television habits. *Developmental Psychology*, 19, 71-77.

- Eron, L.E., Huesmann, L.R., Lefkowitz, M.M. & Walder, O. (1972). Does television violence cause aggression? *American Psychologists*, 27, 253-263.
- Feshbach, S. (1956). The catharsis hypothesis and some consequences of interactions with aggressive and neutral play objects. *Journal of Personality*, 24, 449-462.
- Feshbach, S. & Singer, R.D. (1971). *Television and aggression*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Freedman, J.L. (1984). Effects of television violence on aggressiveness. *Psychological Bulletin*, 96, 227-246.
- Freedman, J.L. (1992). Television violence and aggression: What psychologists should tell the public. En P. Suedfeld, & P.E. Tetlock (Eds.), *Psychology and social policy*. New York: Hemisphere Publishing.
- Fujihara, T., Kohyama, T., Andreu, J.M. & Ramirez, J.M. (1999). Justification of interpersonal aggression in Japanese, American and Spanish students. *Aggressive Behavior*, 25, 185-195.
- Geen, R.G. (1981). Behavioral and physiological reactions to observed violence: Effects of prior exposure to aggressive stimuli. *Journal of Personality and Social Psychology*, 40, 868-875.
- Geen, R.G. (1990). *Human aggression*. Pacific Grove: Brooks Cole.
- Gerbner, G. (1983). The importance of being critical - in one's own fashion. *Journal of Communication*, 33, 355-262.
- Goldstein, J.H., Rosnow, R.L., Raday, T., Silverman, I. & Gaskell, G.D. (1975). Punitiveness in response to films varying in content: a cross-national field study of aggression. *European Journal of Social Psychology*, 5, 149-165.
- Gunter, B. (1994). The question of media violence. En J. Bryant, & D. Zillmann (Eds.), *Media effects: Advances in theory and research*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Harris, L. (1977, 4 Agosto). Too much TV violence. *Harris Survey*.
- Heiligenberg, W. & Kramer, U. (1972). Aggression as a function of external stimulation. *Journal of Comparative Physiology*, 77, 332-340.
- Heller, M.S. & Polsky, S. (1976). *Studies in violence and television*. New York: American Broadcasting Co.
- Hennigan, K., Heath, L., Wharton, J.D., Del Rosario, M.L., Cook, T.D. & Calder, B.J. (1982). Impact of introduction of television on crime in the United States: Empirical findings and theoretical implications. *Journal of Personality and Social Psychology*, 42, 461-477.
- Hicks, D.J. (1965). Imitation and retention of film-mediated aggressive peer and adult models. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 97-100.
- Hokanson, J.E. (1970). Psychophysiological evaluation of the catharsis hypothesis. En E.I. Megargee & J.E. Hokanson (Eds.), *The dynamics of aggression*. New York: Harper.
- Huesman, L.R. (1988). An information processing model for the development of aggression. *Aggressive Behavior*, 14, 13-24.
- Huesman, L.R. & Bachrach, R.S. (1988). Differential effects of television violence in kibbutz and city children. En R. Patterson, & P. Drummond (Eds.), *Television and its audience* London: BFI.
- Huesman, L.R. & Eron, L.D. (1984). Cognitive processes and the persistence of aggressive behavior. *Aggressive Behavior*, 10, 243-251.
- Huesman, L.R. & Eron, L.D. (1986). The development of aggression in children of different cultures. En L.R. Huesman, & L.D. Eron (Eds.), *Television and the aggressive child*. Hillsdale: Erlbaum.
- Huesmann, L.R., Eron, L.D., Lefkowitz, M.M. & Walder, L.D. (1984). The stability of aggression over time and generations. *Developmental Psychology*, 20, 1120-1134.
- Huesman, L.R., Moise, J.F., Podolski, C.L. & Eron, L.D. (1998, Julio). The prediction of young adult aggression in the 1990s from childhood exposure to violence in the 1970s. Comunicación presentada al XIII Congreso Mundial de la International Society for Research on Aggression, Mahwah, N.J.
- Huesmann, L.R., Lagerspetz, K. & Eron, L.D. (1984). Intervening variables in the TV violence - aggression relation. *Developmental Psychology*, 20, 746-775.
- Huesmann, L.R. & Miller, L.S. (1994). Long-term effects of repeated exposure to media violence in childhood. En L.R. Huesmann (Ed.), *Aggressive behavior*. New York: Plenum.
- Huston, A. (1984). *Mass media and education*. XVI Pan American Child Conference. Washington DC: OEA.
- Janis, I. (1980). The influence of television on personal decision-making. En S.B. Withey, & B. Abels (Eds.), *Television and social behavior: Beyond violence and children*. Hillsdale: L. Erlbaum.
- Josephson, W.L. (1987). Television violence and children's aggression: testing the priming, social script, and disinhibition predictions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53, 882-890.

- Joy, L.A., Kimball, M.M. & Zabrack, M.L. (1986). Television and children's aggressive behavior. En T.M. Williams (Ed.), *The impact of television: A natural experiment in three communities*. Orlando: Academic Press.
- Kaplan, R.M. & Singer, R.D. (1976). Television violence and viewer aggression: A reexamination of the evidence. *Journal of Social Issues*, 32(4), 35-70.
- Lefkowitz, M.M., Eron, L.D., Walder, L.O., & Huesmann, L.R. (1977). *Growing up to be violent*. New York: Pergamon.
- Leyens, J.P., Parke, R.D., Camino, L. & Berkowitz, L. (1975). Effects of movie violence on aggression in a field setting as a function of group dominance and cohesion. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 346-360.
- Liebert, R.M. & Baron, R.A. (1972). Some immediate effects of televised violence on children's behavior. *Developmental Psychology*, 6, 469-475.
- Liebert, R.M., Neale, J.M. & Davidson, G.C. (1973). *The early window: The effects of television on children and youth*. Elmsford, NY: Pergamon.
- Malamuth, N.M. (1986). Predictors of naturalistic sexual aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 953-962.
- McCarthy, E.D., Langner, T.S., Gerstein, J.C., Eisenberg, J.G. & Orzek, L. (1975). Violence and behavior disorders. *Journal of Communication*, 25, 71-85.
- Milavsky, J.K., Kessler, R., Sipp, H. & Rubens, W.S. (1982). Television and aggression: Results of a panel study. En D. Pearl, L. Bouthilet & J. Lazar (Eds.), *Television and behavior*. Vol 2. *Technical Reviews* Washington, DC: Government Printing Office.
- Milgram, S. & Shotland, R.L. (1973). *Television and antisocial behavior: Field experiments*. New York: Academic Press.
- Murdock, G. (1982). Mass communication and social violence. En P. Marsh, & A. Campbell (Eds.), *Aggression and violence*. New York: St. Martin's Press.
- Musazadek, Z (1999). *La agresión y su justificación: un estudio comparado en estudiantes iraníes y españoles*. Tesis doctoral, Universidad Complutense Madrid.
- Olweus, D. (1979). Stability of aggressive reaction patterns in males: a review. *Psychological Bulletin*, 86, 852-875.
- Parke, R.D., Berkowitz, L., Leyens, S.P., West, S. & Sebastian, R.S. (1977). Some effects of violent and nonviolent movies on the behavior of juvenile delinquents. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social Psychology*. Vol 10. New York: Academic Press.
- Pearl, D., Bouthilet, L. & Lazar, J. (Eds.) (1982), *Television and behavior*. Vol 2. *Technical Reviews* Washington, DC: Government Printing Office.
- Pitkannen-Pulkkinen, L. (1979). Self-control as a prerequisite for constructive behavior. En S. Feshbach, & A. Fraczek (Eds.), *Aggression and behavior change*. New York: Praeger.
- Poveda, J.M., Iciar, E., Toro-Lira, E., Rodríguez, R., Poveda, J. & Ramírez, J.M. (2002). Reduction of stress by relaxation techniques: their possible use in the reduction of aggression En M. Martinez (Ed.), *Prevention and control of aggression and the impact on its victims*, (pp. 189-194) London, Kluwer Academic.
- Pulkkinen, L. & Ramírez, J.M. (1989). *Aggression in children*. Sevilla: Ediciones Universidad.
- Ramírez, J.M. (1976). Robotización cerebral, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 140, 449-469.
- Ramírez, J.M. (1984). *Vida, ambiente y biología*, Madrid: Centreur.
- Ramírez, J.M. (1986). *Biología y personalidad*. Barcelona: Científico-Médica.
- Ramírez, J.M. (1991). Similarities in attitudes toward interpersonal aggression in Finland, Poland, and Spain. *Journal of Social Psychology*, 13, 737-739.
- Ramírez, J.M. (1993). Acceptability of aggression in four Spanish regions and a comparison with other European countries. *Aggressive Behavior*, 19, 185-197.
- Ramírez, J.M. (1994). The nature of violence. En J.M. Ramírez (Ed.), *Violence: Some alternatives*. Madrid: Centreur.
- Ramírez, J.M. (1996). Aggression: causes and functions. *Hiroshima Forum for Psychology*, 17, 21-37.
- Ramírez, J.M. (1998). Aggression. En G. Greenberg, & M.M. Haraway (Eds.), *Comparative psychology: A handbook*, New York: Garland.
- Ramírez, J.M. (2001a). An unhealthy effect of war: the PTSD. En J. Rotbalt (Ed.), *The long roads to peace*. Singapur: World Scientific.
- Ramírez, J.M. (2001b). Moral approval of aggressive acts by urban students (A cross-national study in four continents). En J. M. Ramirez & D. R. Richardson (Eds.), *Cross-cultural approaches to aggression and reconciliation*. Huntington: NovaScience.
- Ramírez, J.M., Andreu, J.M., & Fujihara, T. (1998). Attitudes toward aggression. A cross-cultural comparison of Japanese and Spanish students. En F. Rodao, & A. López Santos (Eds.), *El japon contemporáneo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Ramírez, J.M., & Fujihara, T. (1997). Cross-cultural study of attitudes toward interpersonal aggression. *Kwansei Gakuin University Sociology Studies*, 78, 97-103 (en Japonés).

- Ramírez, J.M. & Rañada, A.F. (1996). *De la agresión a la guerra nuclear*. Oviedo: Editorial Nobel.
- Renfrew, J.W. (1996). *Aggression and its causes*. New York: Oxford University Press.
- Rogosa, D. (1980). A critique of cross-lagged correlation. *Psychological Bulletin*, 88, 245-259.
- Rojas Marcos, L. (2001). *Las semillas de la Violencia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Rosenthal, R. (1986). The social consequences of small effects. *Journal of Social Issues*, 42, 141-154.
- Samudio, J. (2001). El comportamiento criminal en Colombia. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 33, 59-71.
- Singer, J.L. & Singer, D.G. (1981). *Television, imagination, and aggression: A study of preschoolers*. Hillsdale: Erlbaum.
- Tavris, C. (1982). *Anger: The misunderstood emotion*. New York: Simon & Schuster.
- Viemerö, V. (1986). *Relationships between filmed violence and aggression*. Åbo: Department of Psychology of Åbo Academy.
- Viemerö, V., Olafsen, R. & Lagerspetz, K. (1998, Julio). Cross-sectional and longitudinal connections between exposure to TV viewing and aggressive behavior. Comunicación presentada al XIII Congreso Mundial de la International Society for Research on Aggression, Mahwah. N.J.
- Wiegman, O., Kuttschreuter, M. & Baarda, B. (1984). *Dutch contribution to the cross-national study on television and aggression as well as prosocial behavior*. Enschede: Technical University Twente Utrecht.
- Williams, T.M., Zabrack, M.L. & Joy, L.A. (1982). The portrayal of aggression on North American television. *Journal of Applied Social Psychology*, 12, 360-380.
- Wood, W., Wong, F.Y. & Cachere, J.G. (1991). Effects of media violence on viewers' aggression in unconstrained social interaction *Psychological Bulletin*, 109, 371-383.
- Zillmann, D. (1982). Television viewing and arousal. En: D.Pearl, L. Bouthilet & J. Lazar (Eds), *Television and behavior*. Vol III. *Technical Reviews*. Rockville: National Institute of Mental Health.
- Zillmann, D. (1993). Effects of prolonged exposure to gratuitous graphic violence. *Research for understanding and reducing violence, aggression and dominance*. New York: HF Guggenheim Foundation.

Recepción: Octubre de 2005

Aceptación final : Octubre de 2006

